**Y líbranos del mal** ****

«*Líbranos del mal*» (Mt 6, 13b). Cuando lo decimos le estamos pidiendo nos libre del pecado. En la Carta a los hebreos se puede leer que «*Cristo aprendió a obedecer sufriendo*». Este es el primer punto: cuando decimos a Dios «*líbranos del mal*» no le estamos diciendo que nos libre de nuestras tribulaciones ya que son buenas para nosotros.

Con esta expresión, quien reza no solo pide no ser abandonado en el tiempo de la tentación, sino que suplica también ser librado del mal. El apóstol Pedro dice también que el maligno, el diablo, está a nuestro alrededor como un león furioso, para devorarnos, y nosotros pedimos a Dios que nos libere (1ªPedro 5, 8). Con esta doble súplica: «*no nos abandones*» y «*líbranos*», emerge una característica esencial de la oración cristiana. Jesús enseña a sus amigos a poner la invocación del Padre delante de todo, también y especialmente en los momentos en los que el maligno hace sentir su presencia amenazante.

La oración cristiana no cierra los ojos ante la vida, es una oración filial y no una oración infantil, no está tan prendada de la paternidad de Dios, como para olvidar que el camino del hombre está plagado de dificultades. Si no estuvieran los últimos versículos del Padre Nuestro ¿cómo podrían rezar los pecadores, los perseguidos, los desesperados, los moribundos? La última petición es precisamente nuestra petición cuando estemos en el límite, siempre. Hay un mal en nuestra vida, que es una presencia incontrastable, los libros de historia son el desolado catálogo de ventura a menudo fallida que ha sido nuestra existencia en este mundo, hay un mal misterioso, que seguramente no es obra de Dios, pero que penetra silencioso entre los pliegues de la historia, como la serpiente que lleva el veneno silenciosamente. En algún momento parece que toma ventaja: en ciertos días su presencia parece incluso más nítida que la de la misericordia de Dios.

El orante no es ciego, y ve claramente este mal tan grande y en contradicción con el misterio mismo de Dios. Lo ve en la naturaleza, en la historia, incluso en su mismo corazón. Porque no hay nadie en medio de nosotros que pueda decir que está exento del mal, de no haber sido al menos tentado. Todos nosotros sabemos que es el mal, la tentación, las hemos experimentado en carne propia. Pero es el tentador el que nos mueve y nos empuja a él, diciéndonos: «haz esto, piensa esto, ve por este camino».

El último grito del Padre Nuestro se lanza contra este mal «de grandes alas», que tiene bajo su paraguas las experiencias más diversas: los lutos del hombre, el dolor inocente, la esclavitud, la instrumentalización del otro, el llanto de los niños inocentes. Todos estos eventos protestan en el corazón del hombre y se convierten en voz en la última palabra de la oración de Jesús.

Es precisamente en los pasajes de la Pasión donde algunas expresiones del Padre Nuestro encuentran su eco más impresionante. Dice Jesús: *«¡Abba, Padre!; todo te es posible. Aparta de mí este cáliz de amargura. Pero no se haga como yo quiero, sino como quieras tú»* (Mc 14, 36). Jesús experimenta por completo la transfixión del mal. No solo la muerte, sino la muerte de cruz; no solo la soledad, sino también el desprecio, la humillación; no solo la animosidad, sino también la crueldad, la furia contra Él. Esto es lo que es el hombre: un ser entregado a la vida, que sueña con el amor y el bien, pero que después se expone continuamente a sí mismo y a sus iguales al mal, hasta el punto de que podamos ser tentados de desesperar del hombre.

El Padre Nuestro se parece a una sinfonía que pide cumplirse en cada uno de nosotros. El cristiano sabe cuán abrumador es el poder del mal y al mismo tiempo experimenta que Jesús, que nunca ha cedido a sus adulaciones, está de nuestra parte y viene a ayudarnos. Así la oración de Jesús nos deja la más valiosa herencia: la presencia del Hijo de Dios que nos ha liberado del mal, luchando para convertirlo. En la hora de la lucha final, ordena a Pedro volver a guardar la espada, al ladrón arrepentido le asegura el paraíso, a todos los hombres que estaban alrededor, inconscientes de la tragedia que se estaba produciendo, ofrece una palabra de paz: «*Padre, perdónales porque no saben lo que hacen*» (Lc 23, 34).

Del perdón de Jesús en la cruz brota la paz, la verdadera paz viene de la cruz: es don del Resucitado, un don que nos da Jesús. Piensen que el primer saludo de Jesús resucitado es «*paz a vosotros*», paz a sus almas, a sus corazones, a sus vidas. El Señor nos da la paz, nos da el perdón, pero nosotros debemos pedir: «*líbranos del mal*», para no caer en el mal. Esta es nuestra esperanza, la fuerza que nos da Jesús resucitado, que está aquí en medio de nosotros, con esa fuerza que nos da para ir adelante y nos promete que nos libra del mal.

Consideramos «*mal*» o «*malo*» aquello que de alguna manera amenaza o daña nuestro bienestar: una enfermedad, un accidente, un revés económico, la pérdida de un ser querido… tenemos que tener claro que **Dios no creo el mal**, cuando creo el mundo, “*vio Dios que todo era bueno”,* todo en Él es bueno, sus designios, sus iniciativas, todo lo que sale de sus manos. El Padre nos dio libertad absoluta de elegir nuestros propios caminos, la posibilidad de elegir o no el bien, nuestra vocación primera es hacer el bien siempre, estamos llamados a amar, es lo que da sentido a nuestras vidas, nos hace crecer, salir de nosotros mismos, donarnos a los demás, alcanzar la plenitud y ayudar a que otros también la alcancen. Dios es plenitud de vida, de amor. Todo aquello que nos desvía del fin para el que fuimos creado, es malo.

El mal no existe por sí mismo, está en la respuesta concreta que elegimos dar (de pensamiento, palabra, obra u omisión), a lo que vamos enfrentando en la vida. Si quieres saber si algo es bueno o malo, mira hacia donde conduce, qué resulta de ello, en todos sus aspectos y consecuencias. Quedarnos fuera del amor de Dios es lo único verdaderamente malo.

«¿*Quién nos separará del amor de Cristo? ¿El sufrimiento, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Pero Dios, que nos ama, hará que salgamos victoriosos de todas estas pruebas*» *(Rm 8, 35.37)*. El amor de Dios fluye siempre hacia nosotros, pero nosotros podemos negarnos a recibirlo y a corresponderle viviendo en el amor.

La única manera de separarnos del amor del Padre es cerrándole el corazón, dejarlo voluntariamente fuera de nuestra vida, eligiendo los caminos que van en sentido contrario a los que Él propone, optando por el odio, el egoísmo, el resentimiento, la injusticia, la violencia. El mal nos fragmenta, destruye nuestra condición de seres destinados a la plenitud a través del amor.

Dios nos ama y busca sólo nuestro bien; Él está en una dimensión muy por encima de la nuestra y sabe, infinitamente mejor que nosotros, lo que nos conviene; su voluntad siempre es creadora y generadora de vida; sabe lo que necesitamos y nos lo da, aun antes de que se lo pidamos; ninguno de sus actos es producto de la venganza o del desamor.

**Práctica semanal:** En mi oración diaria le pediré que no permita que a los que amo y a los que me cuesta más trabajo amar, nos apartemos del amor que Él nos regala y nos propone como proyecto de vida. Que nos abandonemos confiadamente a lo que el Padre disponga para nosotros.